

Yo estaba en Babi Yar

MAREK HALTER

¿Quién conoce Babi Yar? Fue allí, a las afueras de Kiev, cerca del antiguo cementerio judío, donde el 29 de septiembre de 1941, el día del Kipur, día del Gran Perdón, el Einsatzkommando 4, dirigido por el coronel de las SS Paul Blobel, con ayuda de la policía ucraniana, liquidó a golpe de metrallera a los habitantes judíos de la ciudad más antigua de Rusia. La matanza duró hasta el 3 de octubre. Más de 100.000 cuerpos se amontonaban en el cañón. Algunas víctimas aún respiraban. Fueron rematadas a base de granadas. Cien mil personas es la población de una ciudad del tamaño de Badajoz. La mayoría de las víctimas eran judías. Un tercio de ellas eran niños. Los cuerpos fueron quemados, sus cenizas dispersadas por los nazis y sus auxiliares ucranios la víspera de la liberación de Kiev por el Ejército Rojo, en noviembre de 1943. No cabe duda de que los asesinos eran muy conscientes de su crimen, que se ocuparon de ocultar. Pero algunos testigos oculares consiguieron filtrar la noticia al otro lado de las fronteras ucranianas. Dio la vuelta a las cancillerías y se publicó el 29 de noviembre de 1943 en *The New York Times*. Las pruebas se presentaron en el proceso de Núremberg.

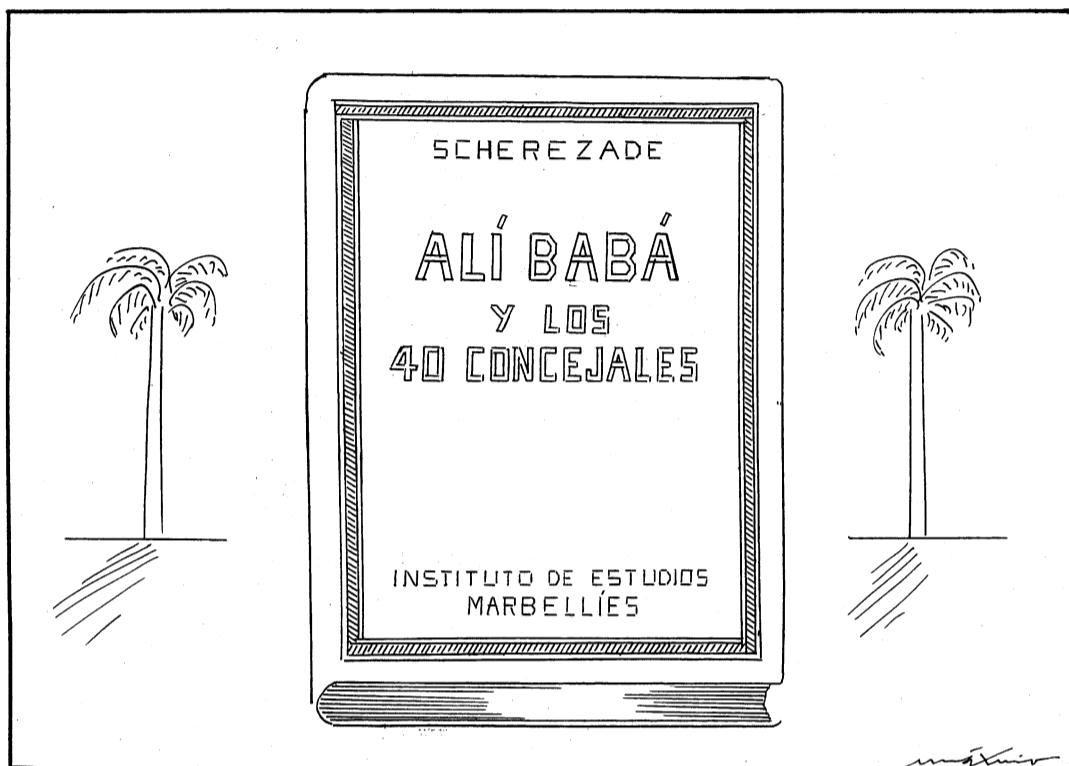
Si los nazis tenían interés en borrar las huellas de su hazaña, Stalin, por su parte, tampoco tenía muchas ganas de mencionarlo. Habría significado "favorecer" a los judíos en el martirologio de la población rusa, en un momento en que las persecuciones antisemitas empezaban a vaciar las instituciones soviéticas de su presencia. Habría sido también revelar que tres divisiones ucranianas del Ejército Rojo, dirigidas por el general Vlasov, se habían reunido, desde el principio de la guerra germano-soviética, con las tropas de Hitler y habían tomado parte en la eliminación de los judíos de Ucrania. Sin embargo, esta doble empresa de desinformación había descuidado la fatalidad de la memoria, que al

igual que un cuerpo atado a un bloque de piedra y arrojado al mar, sólo desaparece durante un tiempo antes de volver a subir inevitablemente a la superficie y gritar la verdad.

Así, veinte años después, en septiembre de 1961, un joven poeta ruso Yevgeny Yevtushenko,

conmovido por el descubrimiento fortuito de la masacre de los judíos de Kiev, escribió *Babi Yar*, un poema publicado en la *Literaturnaia Gazeta*. Al hacerlo lanzó el movimiento crítico de la historiografía soviética. El poeta y el periódico fueron condenados inmediatamente por el Partido

MÁXIMO



La compra de YouTube y un asesinato en Moscú

SUSAN D. MOELLER Y MOISÉS NAÍM

El sábado 7 de octubre, casi al mismo tiempo que se informaba al mundo de que Google estaba pujando para pagar 1.650 millones de dólares por YouTube, una página web de descarga de vídeos nacida hace dos años, la prestigiosa periodista rusa Anna Politkóvskaya fue asesinada a tiros en Moscú. Politkóvskaya escribía sobre las violaciones de los derechos humanos en Chechenia. Era además una crítica muy destacada del presidente ruso, Vladimir V. Putin, y las autoridades rusas califican su muerte de asesinato político.

La adquisición de YouTube y el asesinato de Politkóvskaya son dos hechos que no guardan relación entre sí. Sin embargo, ambos ofrecen pistas significativas sobre las fuerzas que determinan cómo se produce, distribuye y consume la información en el mundo actual. YouTube es el arquetipo de los "nuevos medios", con sus inmensas posibilidades y sus sorprendentes repercusiones. Politkóvskaya representa los "viejos medios", y literalmente tanto sus dificultades para sobrevivir como su indispensable valor.

No cabe duda de que las nuevas tecnologías están cambiando la forma que tenemos todos de obtener y entender la información. Se tiende a que cada uno "busque" lo que quiere ver, leer o escuchar, en vez de aceptar pasivamente lo que escogen los directores o los productores.

La fascinación que provoca el efecto transformador de todo esto permite olvidar con facilidad algo que es esencial para el

proceso de la información: los mensajeros de los "viejos medios" como Anna Politkóvskaya. O como los dos periodistas alemanes asesinados en Afganistán ese mismo día. O sus 75 colegas muertos en lo que va de año en 21 países, además de los 58 que murieron el año pasado, según la Asociación Mundial de Periódicos, que tiene su sede en París.

Algunos de los periodistas muertos se vieron atrapados en el fuego cruzado de feroces guerras; otros fueron perseguidos para impedir que contaran lo que habían visto. Este año han muerto en Irak, hasta ahora, 26 periodistas y miembros de equipos informativos (cámaras, técnicos de sonido y otros); por ejemplo, Hadi Anawi Joubouri, reportero y representante del Sindicato Iraquí de Periodistas en la provincia de Diyala, que murió por disparos el mes pasado en una carretera al norte de Bagdad.

Pero los periodistas no mueren sólo en Irak o sólo a manos de terroristas. Los periodistas que investigan y denuncian a políticos corruptos, el crimen orga-

nizado o el asombroso poder de los traficantes ilegales de personas, drogas o armas también son frecuentemente asesinados.

En lo que va de año, han sido asesinados periodistas en 21 países. En la República Dominicana, Facundo Labata, que había escrito sobre el narcotráfico, fue tiroteado mientras jugaba al dominó en Santo Domingo. En Sudán, se descubrió el cuerpo decapitado de Mohammed Taha Mohammed Ahmed, director del periódico *Al Wifaq*, a las afueras de la capital, Jartum. El año pasado le habían juzgado por reproducir un artículo considerado blasfemo. Ogulsapar Muradova, una corresponsal de Radio Free Europe / Radio Liberty acusada de dañar la reputación de Turkmenistán, murió mientras se encontraba bajo custodia de dicho país. Sus hijos dijeron que tenía señales en el cuello y una "gran herida" en la cabeza.

Estos asesinatos, como el de Politkóvskaya, son prueba de cuánto importa el mensajero. Insurgentes, criminales, terroristas y políticos corruptos comprenden a la perfección que son los meses o años que dedican los pe-

riodistas profesionales a escarbar —muchas veces, sin el apoyo de sus empresas mediáticas tradicionales— los que acaban dejando al descubierto las fechorías.

Por supuesto, las nuevas tecnologías amplían las opciones de los medios de comunicación y de los "mensajeros" a la hora de prestar servicio público y, en ocasiones, aumentan la resonancia de los periodistas profesionales. No hay más que preguntar a los londinenses sobre la fuerza política de las imágenes de los atentados cometidos en el metro y los autobuses, captadas con teléfonos móviles y volcadas en Flickr, una página web de descarga de fotografías, o a los residentes de Nueva Orleans sobre el poder de los blogs que informaron sobre los insuficientes esfuerzos de socorro tras el huracán Katrina, o al senador republicano George Allen, de Virginia, sobre la persistencia de unos comentarios que hizo, calificados por muchos de racistas y que se difundieron a través de YouTube.

Es más difícil callar a los millones de periodistas aficionados provistos de fotos, vídeos y blogs que a una periodista molesta y

Comunista. Demasiado tarde. Los cuerpos de los asesinados de Babi Yar flotaban ya a la vista y para conocimiento de todo el mundo en la superficie del Dniéper, ese río que atraviesa Kiev, y bajo las ventanas del Kremlin, sobre las aguas del Moscova. Los historiadores llamarían más tarde deshuelo a este movimiento capital en el proceso de desestalinización. Decenas de miles de soviéticos se reunieron en las plazas públicas para escuchar al poeta leer sus versos:

"No hay en Babi Yar, sobre tantas y tantas tumbas/ Más monumento que este triste barranco./ Tengo miedo... ¿Qué peso cae aquí sobre mis hombros?! Oh, pueblo judío, en verdad, tengo de pronto tu edad".

Ni Jruschov ni Breznev vieron venir esta brusca réplica a la Historia oficial. Enfrentado a sus propias mentiras y al antisemitismo que apoyó bajo el reino de Stalin, el poder reaccionó violentamente: las obras de Yevtushenko se prohibieron. Pero los cuerpos asesinados de Babi Yar, que flotan en la superficie de las aguas y nadie osa retirar, recuerdan a quienes aún no lo saben adónde lleva el odio. En este caso, el odio a los judíos. Los jóvenes recitan *Babi Yar*, de Yevtushenko en los colegios y las universidades. El poema se ha traducido a todos los idiomas y se ha difundido en la prensa mundial. Inspiró a Dimitri Shostakóvich su famosa *Sinfonía número 13*. Y hasta en los pueblos helados que rodean el Gulag en lo más recóndito de Siberia, resuena el grito del poeta: "Creo que soy un hijo de Israel... / Creo que soy Dreyfus. / Creo que soy un hijo de Bialystok. / Creo que soy Ana Frank".

Pasa a la página siguiente

tenaz como Politkóvskaya. No obstante, las investigaciones de esta última y la labor de otros profesionales proporcionan la prueba inequívoca y el "contenido" creíble —documentos, fuentes, detalles comprobados una y otra vez— que necesitamos desesperadamente en una sociedad funcional, civilizada, democrática y, en definitiva, libre.

El comité del Nobel ha encargado un informe sobre la vinculación entre paz y cobertura informativa. "La buena información puede ser esencial para la paz", dijo Geir Lundestad, secretario del comité. "Una información precisa... a menudo puede reducir el conflicto".

YouTube, Google, Flickr y otros muchos sitios de Internet ofrecen valiosas herramientas para mantenernos informados. Pero no pueden sustituir a Politkóvskaya y sus colegas.

A las sociedades se las juzga por cómo tratan a sus ciudadanos más vulnerables. Nuestra sugerencia es que, además de ese cálculo, debería tenerse en cuenta si hay periodistas amenazados, atacados y asesinados. Digamos cuántos periodistas murieron asesinados en su país el año pasado, y le diré qué tipo de sociedad tiene.

Susan D. Moeller es directora del Centro Internacional de Medios y Agenda Pública en la Universidad de Maryland. Moisés Naím es director de la revista *Foreign Policy* y autor de *Ilícito: cómo traficantes y contrabandistas están cambiando el mundo*.

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.